

concluir que Pierre cree que London no es bonita. Así, se desharía la paradoja, pero de una manera excesivamente drástica: supone la aceptación de que las frases que contienen nombres propios son intrínsecamente intraducibles. Esto no parece muy verosímil y contradice la práctica común de traducción.

Cuando existen pares de cosas que no son distinguibles sino por un experto (pensemos en zoología o botánica), pueden presentarse situaciones similares a la de nuestra paradoja. Pierre podría afirmar en francés algo que contuviera “lapin”, y negar su traducción al inglés con “rabbit”. ¿Qué diríamos que cree Pierre en este caso sobre el conejo? Ciertamente parece que no deberíamos traducir aquí “lapin” y “rabbit” por “conejo”, o caeríamos en la paradoja anterior. Pero ahora esta restricción a la traducción se muestra claramente drástica en exceso: no podríamos traducir ningún nombre de una clase natural.

Kripke nos muestra que la paradoja se puede dar incluso en presencia de una única lengua y un único nombre propio. Paderewski fue pianista y también político. Si Pierre dice “Paderewski tenía gran talento musical” porque ha aprendido que Paderewski era un pianista de talento, podemos afirmar que Pierre cree que Paderewski tenía un gran talento musical invocando sólo el principio desentrecomillador. Si en otro contexto aprende que un tal Paderewski es un político y tiene la creencia de que los políticos no tienen nunca habilidades musicales, concluirá probablemente que hay dos personas distintas que se llaman Paderewski, y asentiría a “Paderewski no tiene talento musical”. ¿Podríamos deducir de ello que Pierre cree que Paderewski no tiene talento musical? La restricción a la traducción de los nombres no nos libra de la paradoja.

La relación de todo esto con la *Tesis de la indeterminación de la traducción* (o de inescrutabilidad de la referencia) de Quine no es tan clara como los simpatizantes de la misma sostienen, dado que los problemas tratados pudieran aducirse como apoyo a la tesis de Quine, pero las diferencias no deben obviarse. Los problemas que hemos visto no surgen como casos hipotéticos en sistemas exóticos, sino que nos movemos en el curso normal y habitual de traducción de una lengua a otra. Incluso en el caso de traducción homofónica surgió el mismo problema (con el ejemplo de Paderewski). El enigma que aquí se trata muestra que los principios habituales que usamos para atribuir creencias conducen a contradicciones y falsedades patentas.

## CONCLUSIÓN

Kripke afirma que la moraleja principal es que un enigma es un enigma. Así como toda teoría de la verdad tiene que habérselas con la paradoja del mentiroso, toda atribución de creencia tiene que vérselas con este enigma.

El caso de Pierre que asiente tanto a “Londres est jolie” como a “London is not pretty” es como el de Juan que asiente tanto a “Cicerón era calvo” como a “Tulio no era calvo”: tanto Juan como Pierre se encuentran en un terreno en el que nuestras prácticas normales de atribución de creencias, basada en el principio desentrecomillador y en la traducción, son cuestionables. Podríamos llegar a resultados a favor, pero también y en contra de la sustituibilidad. La situación frente a un hablante común no erudito es también similar en ciertos casos, sólo un especialista podría distinguir entre “tojo” y “retama”, de modo que podría mantener afirmaciones de signo contrario como con “Cicerón” y “Tulio”. La cuestión de fondo es que la sustituibilidad más el uso del principio de desentrecomillado, proporciona los mismos absurdos que la desentrecomillación más la traducción, e incluso que la desentrecomillación sola

Y la conclusión necesaria es que no estamos en condiciones de aplicar un principio desentrecomillador a estos casos.

## Bibliografía

- A. Margalit, ed. (1979). “A Puzzle about Belief”. *Meaning and Use* (Dordrecht y Boston: Reidel).
- E. Bustos Guadaño. (1999). *Filosofía del lenguaje*. (Madrid: UNED).